



LA SOMBRA DE APRIGNY.

La sombra de Aprigny pertenece á las hadas mágicas ó sombras blancas de que la superstición ha poblado los campos de la Normandía. Si hemos de dar crédito á los narradores campesinos, estas sombras se encuentran en considerable número en las enrucijadas y parajes solitarios, á los que procuran atraer á los viajeros. «Podiera creerse, dice el autor de *la Normandía novelesca*, que hay mucha coquetería en sus hechos, porque hasta un ademán gracioso ó una complacencia cortés para seducirlas. Si se las presta la mano por ejemplo para figurar un baile ó si se las dá el brazo para atravesar un puentecillo, dan las gracias con muchas cortesías y desaparecen súbitamente, como hace una actriz respecto del público que la aplaude. La sombra de Aprigny acostumbraba entregarse á estos pasatiempos nocturnos en una especie de barranco tortuoso y estrecho que ocupaba en otro tiempo el solar de la calle de San Quintín en Bayona. Cuando un viajero se atrevía á presentarse en medio de este camino sospechoso, era seguro que la sombra de Aprigny le saliese al encuentro. Ingeniábase al principio de manera que le obstaculizaba al pasar por medio de las figuras del baile; y luego la ofrecía graciosamente su mano para que tomase parte en su loco placer. Si el viajero accedía al mudo deseo de la sombra, quedaba en libertad por espacio de algunos minutos; pero si el temor le hacía retroceder, la hada encolerizada se apoderaba de él, le arrojaba á los fosos inmediatos, donde se veía imposibilitado de salir por una red espesa de malvas y de espinas, de *espinas hadas*, como las que defendían el castillo de la *Bella durmiente del bosque*»

EL PARAISO Y LA PERI.

(CONCLUSION.)

Que el sol de las ciñras que, llenas de vigor y frescura, y ya ahora llenas de patrefacción, jamás volverán á perecerlo, y ¡ah! al ver

esos rimeros sin enterrar, sobre los cuales duerme la solitaria luz de la luna... los buitres mismos se alejan y repugnan tan inaudita presa; solo la hiena (4) camina por los desolados paseos de la Ciudad á media noche... Infeliz del pobre moribundo que tropieza con el brillo de aquellos ojos en medio de la oscuridad de las calles!

«¡Pobre raza del hombre! dijo el apiadado Espíritu, ¡muy caro pégas tu primera caída, todavía heredas algunas florecillas de Eden, pero el rastro de la serpiente yace sobre todas ellas!—¡Urdó, y mientras corrían las brillantes gotas, el aire en sus derredores se hizo claro y puro, tal es la magia de cada lágrima que espíritus tan benignos derraman por el hombre».

Entonces, debajo de algunos naranjos, cuya flor y fruts juntas se solazaban en la brisa, libres como la ancianidad jugando con la infancia; debajo de aque'la frondosa y fresca bóveda, á la grilla del lago, oyó el gemido de alguno que, en esta callada hora, llegaba allí para morir en soledad: era uno que dó quiera que iba, ganaba los corazones; pero que ahora, como si nunca hubiera sido amado, moría aquí sin ser visto ni llorado de nadie, nadie que lo ruidase, nadie que apagase el fuego que ardia en su pecho con una porción del agua que tan fresca brillaba á sus ojos, ni alguna voz bien conocida que pronunciase el último adiós que, como música, resonase cuando ya todos los demas sonidos se hubiesen desvanecido, aquel tierno adiós que, en la ribera de este mundo cruel, cuando todo se ha acabado, anima el espíritu antes que la barquilla se lance en desconocida oscuridad.

Abandonada jóven! un solo pensamiento es el que infunde consuelo en su alma. La que ha conocido y amado por años, que iba á llamar soya, se hallaba fuera del alcance de este pestífero hábito de la media noche en las regias salas de su padre, donde los aires frescos de las fuentes perfumadas con el incienso del dulce pelo de la tierra india eran puros como la frente que refrigeraban.

(4) Jackson hablando de la peste que hubo en la Barbería del Oreste cuando él se hallaba allí, dice: «Los pájaros hicieron de las habitaciones del hombre; los águilas al contrario visitaron los cementerios, etc»

Pero ¿quién viene fortivamente hacia este melancólico bosque, semejante á un joven plenipotenciario de la salud, con dones rosadas en sus mejillas?... Ella es; en la distancia y al través de la atmósfera azul de la luna, reconoce el joven á su amada.—Ella es, que prefiere morir con él á vivir para ganar un mundo; ya sus brazos caen á su amanté, comprime su cárdena mejilla con la suya y moja en el fresco lago sus trenzas para atarlas en sus ardientes sienes, ¡oh! qué poco imaginaba él alguna vez que llegaría una hora en que recibiría con horror aquel caro abrazo, aquellos dulces brazos que eran para él santos como el lugar dó se mere el infante Querub de Eden, y ahora, ya cede, ya huye temblando como si veneno esparciese en aquellos ofrecidos labios que, en este momento tan osados, nunca antes se allegaron á los suyos.—¡Oh! déjame aspirar el aire, el bendito aire que tú respiras: esa muerte ó vida que traigo en sus alas, dulce es para mí, toma, bebe mis lágrimas, mientras todavía caen, ¡ojalá fuese la sangre de mi pecho un bálsamo y, bien lo sabes, toda la vertería para dar un solo momento de alivio á tus sienes; no, no huyas tu amado rostro, ¡no soy tuya? ¡tu amada? aquella elegida tuya, cuyo lugar en vida y muerte es tu lado? ¡piensas que aquella, cuya única luz en este opaco mundo ha dimanado de ti, pudiese soportar la larga y desabrida noche que sería suya, cuando hubieses tú desaparecido? ¡Qué! yo he de vivir sin ti que eres mi misma vida?—no, no.—Cuando muere el vástago, la hoja que brotó de su corazón debe morir también.—Pues vuélvete hacia mí, mi único amor, vuelve antes que, como tú, me marchite y agoste. Cobráte de estos labios que todavía están frescos, y participa de la última vida pura que aún conservan.— Se desmaya, pae, como espira la lómpara en los aires cadavéricos de las húmedas cuevas, tan pronto se apaga la dulce luz de sus ojos en aquellos faneos suspiros, un esfuerzo más, y su pena pasó, ya no existe su amante, un beso la dá la joven, un beso largo, último, y espira dándosele.

¡Dormid! dijo la Peri; mientras que con suavidad robó el suspirado adiós de aquella alma tan fiel, ¡dormid! reposad en visiones de fragancia, en aires mas balsámicos que los que despide la encantada pira de aquel pájaro saltarío que canta su muerte y espira entre música y perfumes (1).

Diciendo esto, vertió de sus lábios hábitos etéreos por aquel sitio, y sacudiendo su brillante guirnalda, derramó tal esplendor sobre aquellos pálidos rostros que parecían dos hermosos santos, sacados de sus oscuros sepulcros en la víspera del día de juicio, durmiendo entre fragancias, mientras que la hermosa Peri resplandecía como su luna ángel, custodiándolos dulcemente hasta el despertar de sus almas.

Pero la mañana se sonrosa en el cielo. Vuelve á encumbrar su vuelo la Peri llevando al cielo el precioso suspiro del puro y despreñado amor. Su corazón late con la euforia de la esperanza. Pronto empuja la palma élisea, pues el brillante Espíritu á la puerta se sanció al recibir la ofrenda. Oye los arboles de Eden con sus campanillas de cristal tañidos por la brisa de ambrosía que despide el tronco de Adá, vé las copas de estrellas en derredor del lucido lago, en cuyas márgenes beben el primer dulce trago de gloria, las almas admitidas en Eden (2).

Pero ¡ah! todavía son vagas las esperanzas de la Peri. Los hados las prohíben.—Vuélvase á cerrar la inmortal barrera.—Todavía no, ¡no! el ángel mientras cerraba aquella vislumbre de gloria; ¡el qué aquella Virgen y su historia, escrita con luz encima del trono de Adá, siempre estará leyendo los serafines... pero... mira, Peri, la vara de cristal de Eden no se mueve—mucho más sintió que este suspiro ha de ser el don que te abra las puertas del cielo.— Ya reposa dulcemente la luz de la tarde sobre el país de rosas de la Siria (3); y el ancho sol; semejante á una aureola, cuelga sobre el consagrado Líbano, cuya frente se eleva en invernal magnificencia blanqueada con eterna nieve, mientras él está, en un valle de flores duerme sonrosado á sus pies.

¡Qué bello aparecerá al que mira desde alturas etéreas á estas regiones encantadas, el arder de vida, el brillo de abajo! los her-

mosos jardines, los rios cristalinos orlados de dorados melones, mas dorados cuando les cae encima la luz del sol... Lagartos alegres brillando (4) entre las aras arruinadas, activos y centelleantes como si toda su vida fuese luz; y sus mas esplendentes los enjambres de palomas posándose en las peñas, luciendo la variedad de sus alas y agitadas alas en el rojo rayo del ardoroso Oeste, como si de dentro de la tierra sacasen brillantes de las minas, ó estuviesen formadas de Arco-iris semejantes á los que ciegan los claros cielos del Peristau—y luego los sonidos del pito del Pastor (5) mezclados con el susurro de las agrestes abejas de la Palestina, banquetean por los floridos valles—y las dulces orillas del Jordán y sus setas lúmpenes de rosaseños.

Pero nada enajena á la malhadada Peri... Su alma está triste—sus alas cansadas—desalentada vé el sol mirar aquel gran templo, alguna vez suyo (6), cuyas solitarias columnas permanecen subimes arrojando sus sombras desde lo alto cual si fueran cuadrantes que el tiempo adivinador hubiese erigido para contar por ellas sus siglos.

Pero quizá yace escondido, bajo estas alas del sol, algun amuleto de piedras preciosas, estampado con altos fuegos, algun libro de memoria sellado con el grande nombre de Salomon que, descifrado por sus iluminados ojos, puede enseñarle en donde, debajo de la luna, en la tierra ó en el Océano, está el don, el talisman, que pueda reintegrar tan pronto un espíritu extraviado á los cielos.

Animada con esta esperanza, allí se dirige—aun se rie el radioso ojo de los cielos, todavía no han empezado á desvanecerse las doradas bóvedas de la tarde en el magnífico Oeste—cuando, empujándose sobre el valle de Balbec, vé á un niño jugando entre las selváticas florecillas rosadas, cantando y riendo, tan selvático y rosado como ellas—cazando con manos y ojos anteriores las brillantes virgen-moscas azules (7) que aletean en derredor del jazmín, semejantes á flores aladas ó á voladoras polvorientas—y cerca del niño que, ya cansado de jugar, se recostaba entre las rosas, vió á un hombre fatigado apearse de su fogoso caballo y arrojarse con impaciencia á beber en la rústica fuente de un pequeño Inaret—luego volvió su zahareña mirada hacia el hermoso niño que se estaba sin temor, aunque jamás tocó el sol frente mas fiero que aquella—sombriamente fiero, presecaba una horrosa mezcla como tempestuosos fulbados la ofrecen de oscuridad y fuego, en la cual los ojos de la Peri podían leer negras historias de crueles hazas, virgines violadas, altar profanado, votos quebrantados, umbrales manchados con sangre del Inuaped. Todo allí estaba escrito, negro como las maldicientes gotas que caen de la pluma del ángel denunciador, antes que la misericordia las haya borrado, empero ya posegado aquel hombre de crimen (como si la balsámica estación de la tarde hubiese suavizado su espíritu), miraba y observaba el juego del rosado niño, aunque siempre que sus ojos por acaso se encontraban con los del muchacho, su sombría mirada chocaba con aquella mirada clara y alegre, como cuando las antorchas que han ardido toda la noche durante algun rito impropio, encuentran los gloriosos rayos de la mañana.

¡Pero atended! la campana de vísperas Hamú á la oración, al paso que lentamente se oculta la órbita de la luz del día y suavizado se eleva dulcemente en el aire sobre los minaretes de la Siria, el muchacho salta de su cama de flores y se arroja sobre el fragante suelo; con la frente hacia el Sud, balbuciendo el eterno nombre de Dios por la querube boca de la pureza misma, y elevando manos y ojos á los ardorosos cielos, parece un niño errante del Paraíso que acabó de posarse en aquella florida campiña y que suspira por su perdida mansion—¡Oh qué espectáculo! aquel cielo—aquel niño—era una escena que hubiera podido arrancar un suspiro aun al orgulloso Eblis (8) por las pasadas glorias y la paz perdida.

Y que sintió aquel hombre miserable, allí recostado; mientras la memoria recorria muchos años de crímenes y volando sobre la oscura corriente de su vida, no encontraba un claro, ni un ramo de gracia.—Hubo un tiempo, dijo en locos tiempos y humillados, hubo un tiempo, ¡oh! bendito niño! que yo era joven y quizá puro como tú, en que también miraba y oraba, pero ahora... ¡Bajo la cubeta, en aquel instante se agolparon en su mente todo noble esfuerzo y esperanza y sensación que habian dormido en él desde su juventud y floró, floró!

(1) En el Oriente suponen que el feo Hano 50 orillas á-se el pito á la voz, y que después de vivir mil años, se labra una pira funeral, entre de sire melodiosos por las diferentes armonías de sus cincuenta pira orgánicas, y hace sus alas con una precipitación que empuja la pira donde se consume.—*Arabian Nights*.

(2) En la mayoría de un lago cuadrado están 4 flores de agua formadas de estrellas, en las cuales las almas predilectas beben de esas cristalinas aguas.—*Historia del paraíso de Mahoma por Chateaubriand*.

(3) El Líbano siempre que vida, tomó su nombre de Saur, una herbosa especie de rosa por la que siempre ha sido famoso aquel país.—*Silvestre, país de rosas*.

(4) El número de lagartos que vi un día en el patio del templo del sol en Balbec, subió á muchas miles el cielo, ¡se perdidos y las piedras de las edificaciones arruinadas estaban cubiertas de ellos.—*Fraser*.

(5) El Sira á pito de pan judaico es un instrumento peculiar en Siria.—*Fraser*.

(6) El templo del sol en Balbec.

(7) Allí se ven muchas especies de moscas extraordinarias y hermosas de insectos, cuyas garras y alitas les ha merecido el nombre de señoras.—*Fraser*.

(8) El demonio.

¡Benditas lágrimas de la penitencia del alma, en cuya benigna y redimidora corriente se tiene el primer, el único sentir de inocente goce que le es dado conocer al delito!—Hay una gota, dijo la Peri, que cae desde la luna por los resacañtes aires de junio; sobre la tierra de Egipto (1) de tan vigoroso poder, de tan balsámica virtud, que en la misma hora que cae, impere el contagio y la salud resuma la tierra y los cielos. ¡Ah! ¿no es así también, hombre pecador, cómo caen las lágrimas del arrepentimiento? Por mucho que arden las llagas interiores, una gota celestial las apaga todas!—Y ya, mirando postroado junto al año en humida oscuridad, mientras el mismo rayo del sol brilla igualmente sobre el criminal y el inocente, é himnos de alegría proclaman por el Cielo el triunfo de una alma perdonada.

Ya el arte de oro se había ocultado y aun permanecían postroados, cuando cayó una luz mucho más hermosa que la que jamás descendiera el sol ó estrella alguna sobre la lágrima que, ardiente y húmeda, humedecía el rostro del pecador penitente; á ojos mortales podría parecer un rayo del norte, un destello de algun meteoro; pero la enagenada Peri bien conoció que era una clara sonrisa que vertía el ángel de la puerta del Cielo para recoger aquella lágrima precursora de su cercana gloria.

¡Goce eterno!—ya se cumplió mi tarea—pasé las puertas y he ganado el cielo. ¡Oh! ¡qué feliz soy! ¡lo soy!—para contigo dulce Eden, ¡qué oscuros y tristes son los torreones de brillantes de Suddokian (2) y los fragantes bosques de Amberabad!—Adios, adios de la tierra que fenecéis, como muere el suspiro de un amante—mi festín es ahora el árbol de Tooba (3) cuyo olor es el halito de la eternidad! ¡Adios vosotras pasajeras flores que luciais en mi encantadora guirnalda, tan brillantes y rápidas que son las más bellas que hayan florecido, con el Loto que nace junto al trono de Alá (4), cuyas flores tienen un alma en cada hoja?

¡Gozo! ¡Gozo eterno!—mi tarea se cumplió—y he ganado el cielo!

«¿Y esto? dijo el gran camarero, ¿y esto es poesía? Esta floja manufactura del cerebro que, en comparación de los elevados y perennes monumentos del génio, es como trabajo de filigrana de la Zamaia junto á la eterna arquitectura de Egipto!»

Después de esta suntuosa acentencia que, con algunas otras de la misma clase, tenía en reserva para ocasiones extraordinarias é importantes, siguió á la anatomía del pequeño poema que se acababa de recitar.

«El género de Eail y lazo metro en que estaba compuesto debería denunciarse, dijo, como una de las principales causas de la alarmante propagación de la poesía en nuestros tiempos. Si no se le ponía alguna traba á esta ilegal facilidad, pronto nos veríamos inundados de una raza de poetas, tan numerosa y vacía como las ciento y veinte mil corrientes de Bastra (5). Los que sobresalían en este estío, merecían castigo por eso mismo, así como se han castigado guerreros, aun después de haber conseguido la victoria, porque habian tomado la libertad de ganarla de un modo irregular, y no establecido—pues ¿y qué se habia de decir de los que la perdian? aquellos que pretendian, como en el presente lamentable caso, imitar la licencia y facilidad de los más atrevidos hijos del canto, sin ninguna de aquella gracia y vigor que daba cierta dignidad hasta al desorden; que, así como estos, arrojaban negligentemente el Jorced (6), pero, no como estos, alcanzaban el blanco?... Y porque, prosiguió elevando la voz para excitar el debido grado de atención en sus oyentes, y porque se ha de procurar parecer pesado y constreñido en medio de toda la latitud que se han permitido, semejantes á estas jóvenes paginas que bailan delante de la princesa que, metidas en los calzones más ligeros y anchos del Masalipatan, tienen la habilidad de moverse como si todos sus miembros estuviesen trabados.»

Continuó diciendo: que no le pertenecía á la grave marcha de la crítica seguir á esta fantástica Peri en todos sus vuelos y aventuras

entre el cielo y la tierra—pero que no podía dejar de advertir el concepto pueril de los tres dones que se la suponían llevar al cielo: una gota de sangre, un suspiro y una lágrima! Confesaba que no podía descubrir cómo se entregó el primero de estos artículos en la mano redimida del ángel—y por lo que era el estorbo-conductor del suspiro y la lágrima, que semejantes Peri y semejantes poetas eran unos seres demasiado incomprensibles para él, para que ni aun adivinar pudiese cómo manejaban estas materias—pero en fin, dijo, es desperdiciar el tiempo y paciencia, deleznar en una cosa tan increíblemente trivial,—ruin; aun así su imagen ruin, y solo adecuada para el hospital de insectos enfermos en Bangan (1).

En vano procuró Lala-Bookh ahondar á este inextinguible crítico: en vano recurrió á su dulce elocuencia, recordándole que los poetas eran una raza tímida y sensible, cuya dulzura no se estraña, así como la del fragante césped junto al Ganjes, estrajando y pisoteándolo—que la severidad muchas veces destruye toda probabilidad de la perfección que se exige; y que en fin, la perfección era como la montaña de Tahisman, nada todavía alcanzó su cumbre (2).—Pero ni estos suaves axiomas, ni aun las más suaves miradas con las que se inculcaban, pudieron disminuir por un instante el ceño de Faldaleen, ni atraerlo á nada que se pareciese á estimular ni tolerar al poeta.

A pesar del crítico, siguieron los cuentos, hasta que llegados á Palacio, reconocieron en el joven poeta al augusto novio de la Princesa—pronto mudó el crítico de lenguaje!

EL PANTEON REAL DE OVIEDO.

«Esta capilla es de gran devoción y venerada con antiguas memorias y ceremonias particulares.»
CARBALLO.—*Antiguos restos de Asturias.*

La célebre catedral de Oviedo, que los antiguos nos legaron como un vivo testimonio de su piedad y magnificencia, puede considerarse como un riquísimo Museo de bellezas artísticas, y memorias históricas. En efecto, son tantos los objetos de la más alta importancia que por do quiera ofrece al examen del arquitecto, del paleógrafo ó del anticuario, que bastaría apenas un abultado volumen para mencionarse todos. Uno de los más notables es sin duda el panteon donde se guardan los restos de los renombrados reyes de Asturias, de aquellos esforzados y pladosos guerreros de glorioso recuerdo, que conquistaron á España, á costa de proezas sin cuento, su libertad, su independencia y poderio, y que con mano fuerte plantaron la cruz de Cristo donde antes campeaban las medias lunas del Islam.

Antes de presentar á nuestros lectores la descripción del enterramiento real de Oviedo en su estado presente, consagraremos algunas líneas á su historia, tal cual nos la muestran las antiguas memorias asturianas, á las que nos referimos.

Era el año de Cristo de 802, cuando el celebrado Alfonso el Casto, que ocupaba á la sazón el trono de los españoles cristianos, desearo ennoblecir la joven ciudad de Oviedo (3), en que habia nacido, la eligió para corte y cabeza de su reino, y para que reposasen en ella sus cenizas. Alzaronse de repente, y como por encanto, multitud de edificios magníficos en la nueva ciudad real, los que merecieron los más señalados elogios á nuestros antiguos cronistas (4), que encarecen sobre todo el real palacio, los baños ó termas, las iglesias de San Tirso, San Julian, y la suntuosísima basílica del Salvador (5), monumento en que el piadoso y magnífico príncipe os-

(1) Se puede ver una descripción de este hospital en los viajes de Parson.

(2) Es una montaña llamada Moh-Tahisman, porque, según tradiciones del país, nadie jamás llegó á su cumbre.—Kianar.

(3) En 768 el Rey D. Fruela I hizo donación á dos santos monjes, *Praxetiano*, Abad, y su sobrino *Mazano*, del monte cubierto de árboles y matorrales, que dicen Oviedo, para construir en él una basílica «al marítima y lerita de Cristo Virgiate.» Alrededor de este templo se fabricaron algunas casas que después formaron la ciudad de Oviedo. Hicieron este príncipe aque nació en aquella ciudad, y que recibió las aguas del bautismo en la Iglesia del Salvador que en Oviedo Fruela había fundado.

(4) Véase la traducción del Rey D. Alfonso el Magno, la de Alvelado, la de Pelaez, obispo de Oviedo, y todas las posteriores. El arquitecto del Rey se llamaba Tria, y á él se deben las obras referidas.

(5) Conviene á reedificar este templo en 802, y se acabó en 842. El privilegio de nota de fundación puede verse en Blass, continuación de la España Sagrada. El altar mayor fue dedicado al Salvador, y otros doce en torno suyo en honor de los doce apóstoles. La consagración se celebró el 12 de octubre de 802, solemnemente por cinco obispos, y se colocó en memoria de este suceso en la misma catedral una lápida en que se lee una muy notable inscripción acerca al mismo. Los nombres de los príncipes que concurren á la solemnidad ceremonial son: Arnolfo de Iria, Sabinio de Leon, Quintabá de Salamanca, Marín de Urreze, y Teodoro de Calahorra.

(1) El viento ó gata milagrosa que cae en Egipto precisamente el día de san Juan y le supone el clima de destruir la peste.

(2) Al país de Aditia, en el nombre de una provincia en el reino de Jimistán ó país de los guetos, cuyo hospital se llama la ciudad de las joyas. Amberabad es otra ciudad del Jimistán.

(3) El árbol Tooba que está en el Paraiso es el palacio de Mallosa. Solo-tamba, dice el *Harabedel*, significa basílica ó eterna felicidad.

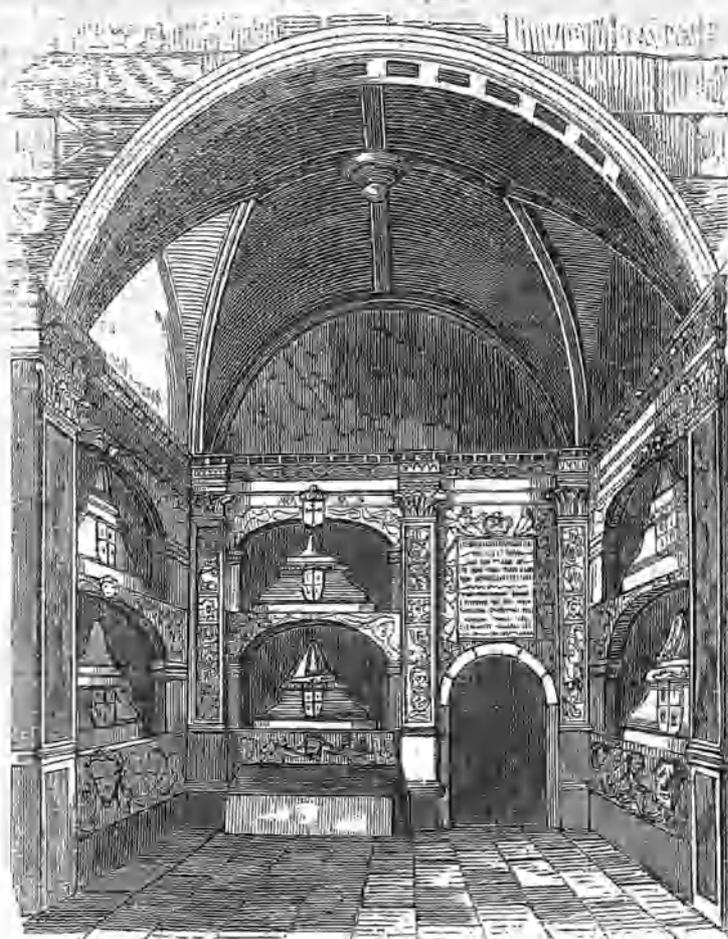
(4) Mallosa está situada en el capitulo 33 del *Alcoran*, como habiendo visto al ángel Gabriel junto al árbol del Edén, el cual no se para—á un lado está el jardín de la eterna felicidad—este árbol, dicen los comentaristas, está en el sétimo cielo á la derecha del trono de Alá.

(5) Se dice que los rios ó corrientes de Bastra se continúan en el tiempo de Delalben-ah, Sordah y Hogara á ciento y veinte millas.—*Harabedel*.

(6) Nombre de la jayalica con la que se ejercitan los Orientales.

tentó profusamente su grandesa, su buen gusto y sus tesoros. Al lado occidental de este gran templo se elevó otro más pequeño destinado á panteón, que se halló con el título de Santa María, y se veían en él tres altares. En el principal fué colocada una antigua y muy devota efigie de la Virgen que se denominaba *de las Batallas* porque la llevaba siempre el belicoso rey en sus continuadas y gloriosas guerras. Aquella advocación fué despues cambiada por la de Nuestra Señora del Rey-Casto, y hoy, con ligera alteración, se llama aquella imágen, y la capilla en que se venera, Nuestra Señora de Recasto. Los otros dos altares, colaterales, fueron dedicados á los Santos mártires Esteban y Julian, con quien Alfonso tenía particular devoción, y el todo de esta iglesia de Santa María constaba de tres naves. Los escritores contemporáneos y posteriores á su fábrica, encarecen con estos su mérito artístico, y Carballo, que la describió prolijamente en el siglo XVII, nos dice que era bellísima y que se conservaba en su tiempo «lo mismo que lo dejó el casto rey.» Al presente, y según nuestra opinión, desde los años de 1583, en que se comenzó la fábrica de la nueva catedral que hoy persevera (1), la iglesia de Recasto está unida á aquella, y forma una de sus principales capillas, pero no un templo separado como en los antiguos tiempos. Aquí deberemos trasladar íntegras algunas líneas del ya nom-

brado Carballo: — «En lo postrero de esta iglesia de Santa María mandó el rey don Alfonso hacer una capilla, ó por mejor decir una cueva, pues no tiene altar ninguno, para su entierro y los demás reyes que le sucediesen, pues no se permitía á nadie enterrarse en la iglesia. Tiene este sótano de ancho otro tanto como la capilla mayor, que serán 20 pies y 12 de largo. El techo es muy bajo, de madera, sin labor alguna, y sirve de suelo á un aposento que está encima, como tribuna ó coro de la iglesia. Tiene hacia la capilla mayor unas puertas de red de hierro á lo antiguo, y una pequeña ventana por donde entra bien poca luz, y así está muy lóbrega la pieza. El suelo está todo lleno de sepulturas de reyes, antiguas, y altas del suelo cosa de dos pies, y tan llegadas unas á otras que no se puede andar sino por encima.» Añade tambien el historiador asturiano otras sepulturas «llanas» que se ignoraba á quién pertenecían. Ambrosio de Morales, que visitó de orden del devoto Felipe II todos los santuarios célebres de Asturias y Galicia, nos hace del antiguo y modesto panteón de los reyes de Oviedo una descripción muy semejante á la que acabamos de repetir. Acendrada devoción mereció á los sucesores de Alfonso la iglesia de Santa María y su enterramiento, y así solían hacer de ella memoria en casi todos los privilegios de



(Panteón Real de Oviedo.)

donación que concedían á la catedral, como demuestran las siguientes palabras que se leen en muchos de ellos:

Neon Sancta Dei Genitricis Virginis Mariae cum his titulis in honorem Sancti Stephani et Sancti Juliani Martirum (2).

Apenas acabada la fábrica del panteón real, fueron en él colocados con solemne pompa los cadáveres de Fruela I el fundador de Oviedo, y el de Benandó el Diácono, inmediato antecesor de Alfonso el Casto. Muerto este gran rey en la misma ciudad en 843, se depositaron sus restos en una gruesa tumba de piedra inmediata á la de Fruela su padre. Este lucillo, que ocupaba el centro del antiguo enterramiento, subsiste aun: se alza sobre el pavimento dos pies, y se tiene adornado ni inscripción alguna, pues aunque el monje anó-

nimo de Albelda dedicó á este rey un elocuente epitalio que insertó en el apreciado crónico que redactó, no llegó á escribirse sobre el sepulcro á que estaba destinado. El único y digno adorno que lo decoraba, eran, según leemos en el libro gótico de la catedral, «las armas reales,» por las que deberá entenderse, dice un historiador, la espada, lanza y arneses que el rey usaria, y no su blason, por ser, según opinion comun, lucento más moderno. La buena memoria que quedó del piadoso Alfonso el Casto, hizo que sus restos fuesen un objeto de profunda veneracion; y casi de culto, por lo que los monjes de los vecinos monasterios de San Pelayo y San Vicente (1) guardaron desde tiempo inmemorial la costumbre de venir todos los dias en comunidad á orar sobre esta tumba mirada como sagrada. Para llegar al panteón se valían de una puerta misteriosa que aun hoy se vé, aunque tapiada. En nuestros dias el respetable cabildo de Ovie-

(1) Era obispo de Oviedo en esta época D. Gutierre de Toledo.

(2) Estas eran las inscripciones colaterales de la iglesia de Santa María, de la que hablamos arriba.

(1) Ambas pertenecían á la orden de San Benito. El de San Pelayo era de madera y aun subsisten en el dia.

do, fiel conservador de las venerandas tradiciones de su memorable iglesia, vé en cuerpo y con frecuencia á visitar la tumba de su noble fundador, y celebra en su memoria un solemne aniversario el 22 de marzo.

Ramiro I, sucesor de Alfonso, murió también en Oviedo por los años de 860, y ocupó un lugar en el mismo panteón. En su sarcófago se lea este epitafio:

*Orbi árae memorie Rodericus die
Kalend. Februarij. Era
DOCC. LXXXVIII. Obiitior eos
Omnes qui hinc hietari satis, ut pro
hupile, illius orare non desistant. (1)*

En el sepulcro de Ordoño I, hijo y sucesor de Ramiro, se lea también una inscripción que no reproducimos aquí por parecerse de escasa importancia; mas no podemos dispensarnos de referir una particularidad de la del lucillo del célebre Alfonso III apellidado el Magno. Edificaba este monarca su Palacio en Oviedo, y sobre la portada puso su acostumbrada insignia de la cruz de la Victoria con esta leyenda:

Signum salutis pono domine in domibus istis eo nom permittas...

y dejando pendiente el sentido hizo esculpir en su tumba, que se labraha al mismo tiempo que el Palacio, entre las de sus antepasados, otra vez la cruz de la victoria, y lo restante de la truncada leyenda en esta forma:

Intráre angelum percutientem.

Ambas inscripciones se leen aun reunidas, y formando una sola, alrededor de la repetida cruz de la victoria, en una lápida de la fortaleza de Oviedo fábrica del mismo Alfonso el Magno, Carballo la traduce así:

*Pon Señor en estas casas
La señal de la salud
Y no permittas entre ellas,
El ángel percutiente (pecador).*

El sepulcro antiguo de D. García I, se veia también en este panteón, pero no tenía epitafio; ofreciéndose por esta circunstancia á un devoto historiador la piadosa reflexión «que ni aun era digno de esta memoria, por haber sido rebelde á su padre.»

Trasladada la corte á Leon despues de la muerte de García, ninguna otra persona real fué sepultada desde esta época en el panteón de Oviedo, que además de los siete reyes expresados, fué ocupado por algunas de las reinas sus esposas, y por varios príncipes de ambos sexos. En tal estado subsistió por largos siglos este histórico monumento, hasta que entrado ya el próximo pasado, y por los años de 1712, siendo obispo de Oviedo Fr. Tomás Reluz (que habia sido religioso domoico) fué totalmente reedificado. Profesaba el prelado, singular devoción á la antigua imagen de la virgen del Rey Casto, cuya Iglesia ó capilla se hallaba en estado ruinoso, y emprendió á sus expensas, su completa renovación, aunque desgraciadamente, y siguiendo el estulto de su tiempo, sustituyó á la antigua y magestuosa arquitectura bizantina, la estravagante de Churriguera, que entonces reinaba. La virgen de Recasto fué instalada con la mayor solemnidad en su nuevo altar, y los huesos de los reyes turbados en el reposo que desde tantos siglos gozaban en sus modestas tumbas, por la mano profana y atrevida del arquitecto de Reluz, que los encerró en las nuevas urnas que al intento fabricó. Solamente permanecieron en su antiguo sarcófago los restos del ilustre Rey, Alfonso el Casto, que al menos merecieron el justo respeto de no ser tocados.

El nuevo panteón fabricado de piedra de sillera ocupa el mismo lugar que el primitivo, y aunque campea en él, como hemos dicho, la justamente reprobada arquitectura churriguereca, no carece de magestad, y encontramos en sus adornos alguna semejanza con los de la Capilla de san Isidro en la Parroquia de S. Andrés de Madrid. Su planta es un rectángulo, y su decoración consiste en varias pilastras (cuyos capiteles se inclinan al orden Corintio), que sustentan un cornisón labreado que rodea toda la pieza, y una bóveda cruzada de fajas ó cintas al estilo gótico. Entre las pilastras corre una sobre otra, dos hileras de nichos formados por pilares que sustentan arcos semi-elípticos, donde están colocadas seis urnas sepulcrales, que encierran los cuerpos de otros tantos reyes, y de varias reinas. Interrumpe la armonía de toda la pieza, el loco túmulo de Alfonso el Casto que está posado en el suelo, y se asemeja un poco á un cajón ahondado, y sus puertas tapiada que daba paso en otro tiempo á los monasterios de S. Vicente, y S. Pelayo, como ya dijimos. Sobre esta puerta, se vé una gran lápida rectangular surmuntada de

una corona real á la moderna, sostenida por dos ángeles de relieve, en la que se lee el prosaico epitafio siguiente:

En este real panteon yacen los cuerpos de los señores reyes y reinas siguientes: al señor rey don Fruela I de este nombre, hijo del señor rey don Alonso el Católico, I de este nombre, quien pobló de esta ciudad, y trasladó esta santa iglesia al sitio que hoy tiene. El señor rey don Bernardo, llamado el Diácono, sobrino del señor rey don Fruela. El señor rey don Alfonso el Casto, hijo de dicho señor rey don Fruela, quien fundó esta real capilla para su real sepulcro y de sus proyectores. El señor rey don Ramiro I de este nombre, hijo del señor rey don Bermudo. El señor rey don Ordoño I de este nombre, hijo de dicha señor rey don Ramiro. El señor rey don Alfonso el magno, III de este nombre, hijo del dicho señor rey don Ordoño. El señor rey don García I, hijo del señor rey don Alfonso el Magno. La señora reina doña Urraca, mujer del señor rey don Bermudo. La señora reina doña Urraca, mujer del señor rey don Ramiro I, y otras muchas cuerpos de señores príncipes, infantes, é infantas. Reedificóse el año de 1712, reinando la magestad católica del señor rey don Felipe V de este nombre (1).

Todo el panteón desde el pavimento hasta la cornisa está sobrecargado de querubines, cariátides, cabezas de leones, flores, frutas, y finalmente tiene un escudo de armas con la cruz de la Victoria. Las urnas sepulcrales son lisas, y sin otro adorno que el escudo de armas de Castilla y Leon labrada de una corona parecida á la condal, relicto adorno para el sepulcro de reyes que no lo fueron jamás de Castilla ni de Leon. Solamente el primero de la izquierda ostenta la cruz de los ángeles, senas de la ciudad y catedral de Oviedo y especial insignia segun se cree de Alfonso el Casto. Recibe el enterramiento la luz por una sola ventana practicada en lo alto de la bóveda, y está resguardado por una alta verja de hierro siempre cerrada, y en la que se ven las armas de Felipe V, que como queda relatado arriba, vivió en la época de la restauración de la capilla de nuestra señora de Recasto, y del real panteón de Oviedo.

NICOLÁS CASTOR DE CAUNEDO.

Oviedo 10 de noviembre de 1848.

Simbolismo de la palabra hebrea שֶׁשׁ (sol).

Si no nos fueran ya conocidos otros sublimes rasgos de las infinitas combinaciones, profundos sentidos y análogos significados de los elementos de la escritura hebrea, de las palabras y de las oraciones y monumentos literarios de esta por tantos conceptos veneranda lengua, el que hoy ofrecemos al público literato y verdaderamente filólogo fuera suficiente en nuestro juicio para probar, que no solo el idioma hebreo es una verdadera representación por escrito de los pensamientos é ideas con verdad natural y adecuada, sino que sus radicales, palabras y expresiones encierran, sobre los mas profundos y delicados arcanos de la filología, los misterios mas eternos é inefables de religion, cosmogonía y filosofía, que forman la base del orden que rige los destinos del mundo.

Aunque esta verdad (que así la juzgamos) parezca exagerada, á mas de otras anteriores, la confirmo el ejemplo que hoy tenemos que proponer para demostración de la misma, y confiamos en que la experiencia diaria y consecutiva, dimanada de la observación de otros mil fenómenos, no ménos curiosos que el presente, y del mismo ó semejante orden, acabará por demostrar á cualquier filósofo concienzudo que el simbolismo del universo se halla ingénuo en la escritura y lengua hebrea.

Fijemos ya nuestra mirada en la figura que ocasiona este relato, y observemos primero su disposición y significado material, y en segundo lugar el espiritual ó simbólico.

Todo hebraizante sabe que la voz hebrea שֶׁשׁ que significa sol (poniendo ó sustituyendo en lugar de las tres radicales sus valores ideológicos, valores que tales observaciones como la actual acabarán por confirmar y esclarecer de una manera evidente) equivale á decir «naturaleza, ministerio, naturaleza;» y por tanto unidas ó rigiéndose ó construidas en el orden en que se hallan, dicen: «ministerio ó agente entre naturalezas, ó enemigo de naturalezas;» y como la naturaleza es el símbolo de la abundancia, significa también la fórmula «agente que dá la abundancia á la naturaleza, agente de abundancia,» y naturalmente «agente en medio de la naturaleza ó de una naturaleza;» ó lo que es lo mismo, «sol de un sistema solar;» y en una palabra «sol.»

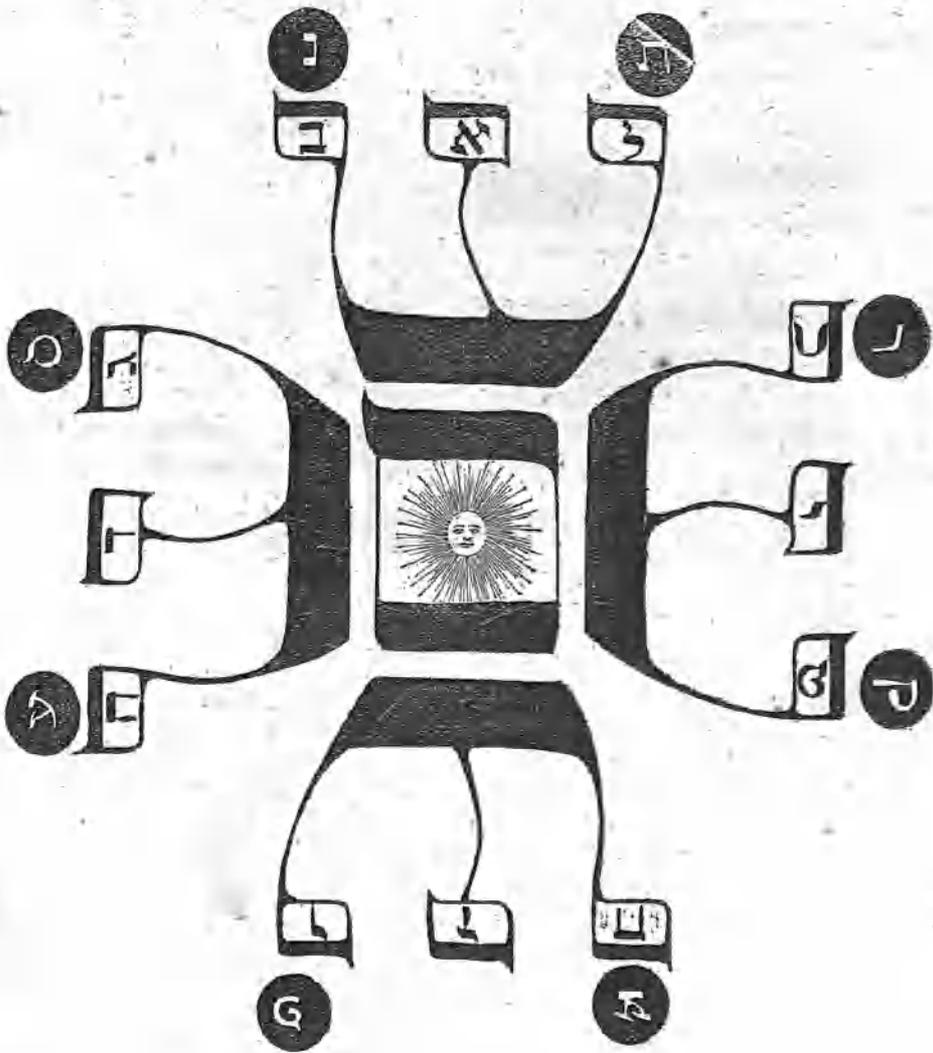
(1) Además de las reinas aquí expresadas se sepultaron en este panteón segun la historia nos muestra las reinas: Munia, Mencia, Doana y Ximena, esposas de Fruela I, Ordoño I y Alfonso III.

(2) Murió la divina memoria de Ramiro el día 1.º de febrero, era de 988. Murió á todas las que esto lea en dirección de seguir por su esposo.

Ahora bien, empecemos á hacer sobre este significado etimológico-ortográfico de la palabra observaciones acerca de la combinación á que la misma dá lugar, y que por fortuna se ha llegado á descubrir. La radical media, que es L , es la letra más cuadrada del alfabeto hebreo, y cuando se escribe aislada es un cuadrado geométrico, y una vez que la palabra dice, como hemos visto, L ó agente en medio de naturalezas, sigamos esta indicación y coloquemos el L en un papel, y aplicándole con W por sus cuatro caras, de suerte que las aspás ó cuernos queden por todas partes en derredor hácia fuera; formarán de esta suerte los cuatro W como los ródios de un sol, y el L queda en el centro como el sol, que rádia luz ó que derrama abundancia y vida como el agente que es de la naturaleza, agente de luz, agente y foco de atracción, agente de fluidos aun desconocidos para nosotros. Pero aun hay más: la luz y la abundancia se derraman y difunden para ir á parar á los doce ástros prototípicos de un sistema regular, que representan las cabezas de las aspás ó es-

tremidades de los ródios de cada *schin*, y á los satélites de estos planetas, que son los puntos, así izquierdos como derechos, de la letra W , que son ocho, y es el mayor número de los que pueden rodear á un solo planeta. Si sumamos estos dos números 8 y 12 resultan veinte de las veinte y dos letras del alfabeto hebreo, cuyo número se completa agregando el L y el W del núcleo de la figura. Se vé, pues, de una manera evidente; y que parece no poder dar lugar á género alguno de duda que las letras de la palabra que en hebreo significa *sol*, no solo contienen en su significación aislados y reñidos los elementos de la idea material y la idea misma del sistema solar, sino que colocándola del modo más natural y simétrico, y como quien sigue las indicaciones de este sagrado lenguaje, forman el exacto cuadro geroglífico, y aun más, la fiel representación y original estampa de un sistema, ó sea de un universo; y aun si se quiere de todos los universos.

Pero pasemos al profundo sentido metafísico-simbólico de esta



expresión y representación gráfica, á saber: « el movimiento (1) es foco de la abundancia, » « el movimiento es causa de la abundancia, » « el movimiento ó atracción es la ley central y capital, como si dijéramos focal ó unitaria del universo (físico, moral é intelectual): » ó de otro modo, como si observáramos la misma verdad mirada por otro prisma, « el ministro debe estar en medio de los administrados, como en el punto equidistante de todos los extremos de su esfera de actividad; » de otro: « la actividad es la esencia de un sistema, de un gobierno ó de una sociedad; » finalmente: « el medio es el contacto de los extremos, la vida está en el centro, las ramificaciones de la ciencia dependen de su unidad ó principio central y universal, etc. »

(1) Siendo el L una radical que significa « ministerio ó agente en lo material, » nos ha inducido á creer la figura que también podría significar en lo espiritual é idealógico el movimiento ó la causa que lo produce, motor, y el cotejo de radicales nos ha confirmado en esta opinión. En prueba de ello cójense las radicales de las palabras *agua, día, madre, paz* y otras, y la misma que es objeto de este artículo.

Creemos, en una palabra, ver simbolizada en la figura que llenos de respetuosa admiración hemos tenido el gusto de observar á propuesta de nuestro ilustrado catedrático, la enunciaci6n geroglífica y muda, pero elocuente y poética, armoniosa y divina de las verdades más capitales y trascendentales en la ciencia, en la religión y en la política.

Dios es el agente de la creación y de la naturaleza, es su foco, su centro, y preguntamos ahora: ¿ y dónde está la demostración divino-tradicional, físico-espiritual y emblemato-geroglífica de esta verdad increada ó inconcusa? En la escritura hebrea, respondemos sin titubear; en la misteriosa figura que forma la más bellísima á la par que sencilla combinación de signos literales que pudiera ofrecerse en lengua alguna: bellísima por su elegancia gráfica, por su simetría matemática, por su correspondencia emblemática, artística, científica y religiosa; en una palabra: por divina combinación cabalística y profética.

Este descubrimiento nos dá una ocasión para celebrar los exactísimos juicios del inmortal Lourdoux, el cual, antes de haber conocido estos simbólicos misterios, dice que el lenguaje es el verbo divino que se revela de una manera inmediata por el medio á los hombres; lo cual, con otras muchas verdades relativas á este principio general, prueba en su preciosa obra de «La verdad universal, ó sea introducción á la filosofía del verbo.» Mucho tendríamos que decir en esta parte; pero por ahora nos contentamos con indicar el autor y la obra, y añadir por remate que seguramente se halla poseído de un genio verdadero y de un talento superior el sábio que descubre verdades tan importantes antes de llegar á conocer el fenómeno, del cual aquellos se desprenden directamente, como es el que acabamos de describir.

No podemos dejar la pluma sin hacer al lector algunas observaciones que la fé íntima de nuestra conciencia nos sugiere. No creemos de modo alguno que este rasgo de sublimidad, genuinidad, gracia y verdad elocuente de la lengua sagrada de Moisés sean de las últimas que ha de ofrecernos su estudio, antes por el contrario conocemos que él dará lugar á mayores descubrimientos que el que

podieran prometerse de esta noticia á aquellos lectores que no hayan cultivado este ramo de la oriental sabiduría; pero al mismo tiempo reconocemos nuestras escasas fuerzas, sentimos un poder débil tan fecunda y agradable labor todo el tiempo que otras ocupaciones sociales nos arrebatan á nuestro pesar, y por esto creemos inseparable de nuestro deber, y esto deseando todo género de egoísmo y toda tendencia al monopolio científico: el exhortar á nuestros lectores á que, dedicándose á tan saludable y prolífica fuente matriz de conocimiento y erudición sin límites, nos ayuden á elevar la gloria literaria de nuestra nación hasta un punto que no en vano podrían envidiar en breve los mas eruditos filólogos de las estrangeras, sin escluir de su catálogo á los de la culta Alemania, pues ya radican entre nosotros las mas preciosas semillas de una inmortal escuela de filología y lingüística.

Por lo demas, lejos de apellidar invención al mero descubrimiento que motiva este artículo, creemos que no pasa de una observación estricta, de uno de los tantos hechos naturales y fenomenales que constituyen el inagotable caudal de las bellezas bíblicas.

F. G.



(Cámara principal del duque de...—Véanse los n.ºs. 40, 47 y 48.)

CONTIENDA ENTRE EL TRABAJO Y LA OCIOSIDAD.

CIENTO MORAL.

Quince días habían pasado por el joven Luis, este era su nombre, sin abrigar en su fiero corazón mas pensamiento, ni otro deseo, que el de la gloria y las esperanzas de un honroso porvenir. Todo se le presentaba risueño, todo lo apreciaba en muy poco, pues en natural desinterés le impulsaba únicamente á buscar enredos pueriles que le dieran nombre entre sus conocidos.

En medio del tráfego de ideas que invaden á la juventud cuando este empieza á sentir la violencia de las pasiones, el constante anhelo, el pensamiento esclusivo que predominaba en Luis, no era otro que meditar profundamente sobre el aprecio que dispensa la sociedad al hombre de bien y el desprecio con que mira al hombre malo; la vida azarosa que es inherente al último, y la vida apacible y tranquila que goza el primero.—Este era, en resumen el argumento, del cual partían todas las ideas del fogoso joven para escoger la carrera que habia de emprender.

Muchos dias se presentaba el suyo amigo triste y pensativo porque se entusiasmo desahucado. Otros, por el contrario, muy alegres y en extremo contentos por el mundo ideal que él mismo se creaba.

En algunas vez concurría á las reuniones donde el bello sexo ostentaba

to sus naturales gracias, se alejaba de allí muy luego, porque el trato superficial y la vani coquetaria le disgustaba: en su ambiente imaginario no habia cosa que pudiera llenar el vacío de aquella alma pura.

Con grande admiracion parábase á contemplar la variedad de fisonomías en la criatura, y de este arcano secreto de la naturaleza deducia consecuencias que le elevaban á Dios, sin tratar de investigarlas.—Veia una muger hermosa; la miraba con interés, elogiaba aquella blancura trasparente como el nácar, observaba el conjunto de gracia que tanto retrocra su vista; pero le usalaba al propio tiempo el canto terrible del paciente Job, cuando compare al hombre con la flor del heno que nace por la mañana, por la tarde se marchita y por la noche perece.—Pues bien; si esto es tan cierto que su verdad confunde al mas atrevido, si las generaciones desaparecen al fúgii vienteículo de un soplo... ¿por qué se preguntaba á sí mismo, tantos afanes en el mundo?—Me dejaré arrastrar de mis pasiones, dice el desvelurado, y aprovechando los minutos disfrutará cuanto permitan mis fuerzas. Pero no... se contestaba, que el tiempo vuela y si yo me entrego sin freno á una vida licenciosa, el error de la locura se despeña fácilmente, la sociedad me aborrecerá y no encontraré punto donde ocultar mi persona.

Estas y otras reflexiones de igual naturaleza, atormentaban fuertemente el espíritu del joven Luis, siempre en lucha abierta sobre el camino que habia de emprender, si el del ocio ó el del trabajo.

Una tarde de verano, de aquellas tardes en que el polvo no deja respirar libremente en las grandes poblaciones, fuese al campo en busca de una atmósfera más pura; y como para dar una tregua á su cansada imaginación. Llega á un ameno sitio que ofrecía alguna recreo: sentado sobre la yerba mira con avidez dos hormiguillas que rodaban un grano de trigo, y esta acción eloquente, que la naturaleza había puesto delante de sus ojos, hizo renovar con más vehemencia el pensamiento que por muchos días no le había dejado.

Cuando más distraído se encontraba, cuando tenía fija su idea en el trabajo que enseña el débil insectillo, hé aquí que oye á la lejos un ruido que por su constancia é igualdad parecían pasos. Notando que el eco se aproximaba, levantó la vista, quedando sumamente admirado al descubrir á muy corta distancia dos hermosas mugeres que se dirigían hacia él.—Una de ellas honesta y de noble presencia, adornada de un vestido blanco que á la pluma del cisne eclipsaba, los ojos humillosos, su figura angelical y en la que todo aparentaba modestia y dignidad. La otra, por el contrario, llena de blandura, los ojos bellidosos y con un ropaje que demostraba ser más artificiosa que natural: muchas veces se miraba á sí misma y se remitaba en su propia sombra.

Luis, que las contemplaba atentamente, no podía persuadirse del objeto de aquella rara aventura, ni sabía á qué atribuir una aparición tan inesperada en aquella soledad; mas como la viejana asombrado, corrió hacia él la más audaz y le habló de esta manera:

—Considerate, noble mozo, que estás dudando cual de los dos caminos has de tomar, si el del Trabajo ó el de la Ociosidad. Si tú me amas y me sigues yo prometo llevarte á un lugar que llaman deleites, en donde vivirás sin ningún cuidado, gustarás lo que la agrada y siempre estarás alegre. No tendrás mas ocupación que la de disfrutar.

Asombrado el jóven con una declaración tan seductora le preguntó sin vacilar:

—¿Qué nombre es el tuyo, muger?

—Mis amigos, le contestó, me llaman felicidad y los que me adoran me nombran Ociosidad.

Apenas concluyó de hablar se acercó, tranquila y magestosa, la virtud que representaba el Trabajo en contienda con el ocio.

—Yo también, bizarro jóven, le dijo, me tengo para ti porque conociendo á tus padres y considerando tu natural ingenio, creo, que siguiendo mi doctrina, serás amigo de la virtud, ejercitarás obras buenas y harás de este modo mas honrado é ilustre mi nombre. No te engañaré, como esa muger, comenzando por deleites, pues quise decirte cual es la naturaleza verdadera de las cosas. Ninguna de las que son buenas y virtuosas se dió á los hombres sin trabajo y diligencia.—Si quieres que te amen mis amigos procura hacer bien á todos; si buscas que te honren las gentes, enséñales con el ejemplo empezando por respetar á los demás; si pretendes ser bien mirado en la sociedad no escandalices con los actos de tu vida pública y moral; si deseas que la tierra te dé fruto, cultivala primero; y últimamente, si te dejas llevar de la inclinación propia de la edad y quieres ascender en la carrera de las armas, ó poseer las artes y las ciencias, no seas negligente y compórtate con valor siguiendo constante en los trabajos y privaciones.

Sonriéndose la Ociosidad al escuchar consejos tan saludables de la virtud laboriosa,

—¿Entiendes, jóven, le replicó, cuán largo y áspero camino te enseña esta muger para llegar á los deleites? Yo.... por mas fácil y breve senda te conduciré á la felicidad.

—¿Desventurada!... exclamó el Trabajo; ¿qué bien ofreces tú, ó qué es lo que te parece suave?—Ninguno de tus pasos se dirigen á este fin, porque nunca esperas á tener deseo; comes sin hambre, bebes sin sed. En el estío buscas la nieve, en el invierno el calor; no apeteceas el sueño por dormir, sino porque no tienes qué hacer.

En esta forma, muger menguada, enseñas á tus amigos, ocupando la noche y malogrando lo mejor del día. Los hombres virtuosos te afrontan.... nunca oíste tus alabanzas, que es lo mas dulce que se puede oír; ni tampoco has visto jamás obra buena tuya, que es lo mas satisfactorio que se puede ver. ¿Quién, pues, te creará hablando tú ó teniendo necesidad?... ¿quién, á no perder el juicio, querrá ser conrado entre tus amigos para pasar lo florido de la vida en un turbellino, reservando para la vejez las enfermedades y las amarguras?—Yo, jóven sencilla, añadí, siempre me encuentro tranquila; ayudo á los artistas; soy la que mas honra tengo como defensora de la paz: fiel custodia de los hombres de bien, estrecho los lazos del amor y participo de la verdadera amistad. Últimamente, á mis amigos les es mas dulce el trabajo que la ociosidad; y si recuerdas, jóven bizarro, las proezas que nos han legado los antiguos y tratas de seguir mi consejo, no dudes un minuto que gozarás felicidad. Tu nombre ocupará un lugar esclarecido en las páginas de la historia, que florece eternamente.

Enagonado, y sin poder articular una sola palabra, quedóse Luis al escuchar las razones alegadas por aquellas dos mugeres, que mas parecían deidades. Sin embargo, algun tanto enterecido por la pintura del vicio que le había bosquejado la virtud, se presentaron á su imaginación, clara y precoz, las consecuencias desgraciadas del que adopta este camino. Esto mismo concebía en su semblante el Trabajo, cuyos rayos de luz penetraban en lo mas recóndito del corazón del jóven. Miraba con placer á la Ociosidad, porque sus halagos le hacían vacilar, pero no podía soportar la idea del desprecio que es sueno en sociedad al hombre holgazán.—Las dos misteriosas mugeres no apartaban sus ojos de aquel jóven feliz.... se disputaban á la vez la victoria, y cada una de por sí juzgaba suyo el triunfo, viendo lo complejo que estaba en resolver. Impelidas, en fin, por un mismo sentimiento, le preguntaron con energía:

—¿Por cuál de las dos te decides, noble jóven?—Responde, añadió la virtud laboriosa; mira que de ello pende tu felicidad en la vida ó tu desgracia.

—Me decida por el Trabajo, contestó con el fuego propio de la juventud, porque... ¿quién hay que no se enamore de tu razón, digna muger, y que no tome orjeza á la pollastra Ociosidad? ¡Tan cierto es que sin él no hay verdadera deleite en el mundo!

Declaracion tan libre y espontánea no pudo menos de excitar la ira del vicio, mientras que llenaba de alegría á la virtud. La Ociosidad no podía ocultar su enojo, y viéndose vencida en la lucha tiró al suelo la guirnalda de flores que ornaba su cabeza, retirándose con precipitación.

La virtud que representaba el Trabajo, con aquella magestad que ofrece la victoria, cuando la batalla es aventurada, le habló por última vez en estos términos:

Signa constante, noble jóven, en tu propósito, y nunca dudes de cuanto te dejo manifestado. Mi clemencia es grande; aprecio á los hombres de corazón generoso como el tuyo. Yo te protegeré de las asechanzas que te ponga el vicio, pero no te cause jamás en el honroso camino que has emprendido.

Un sueño le pareció á Luis cuanto había presenciado. Resuelto á emprender una carrera que le diese aprecio en la sociedad, manifestó á sus padres la inclinación que tenía por el arte encantador de la pintura, y locos estos de alegría al escuchar declaración tan franca de su querido hijo, no omitieron medio ni gasto alguno para alentar su firme decisión.

No tardó mucho tiempo en corresponder á las esperanzas que sus venerables padres concebían; con su talento precoz bien pronto se distinguió entre los condiscípulos, así en el dibujo correcto como en la composición, dando á conocer su nombre al público por los cuadros históricos que ejecutó á los pocos años.

Se hablaba, pues, con respecto al jóven Luis en el círculo de sus amigos. Llegó por último á formar la completa delicia de sus padres, y cada vez que recordaba su posición independiente en el mundo social, bendecía la hora feliz en que se decidió por el Trabajo volviendo la espalda á la Ociosidad.

JULIAN S. MILANÉS.

SONETO.

¡Últimas horas de mi amarga vida,
Que en desamparo y soledad huyendo
Arrastrándome vais al fin borrendo
De una carrera en el dolor corrida!

¡Ay! de mi dulce esposa desvalida
Borradora por piedad, la que estoy viendo
Imagen dolorosa, que gimiendo
Colma de mí infortunio la medida!

Ni oiga del hijo tierno idolatrado
El acento de amor, con que inocente,
Viendo á perderme, llámame á su lado;

Y tranquilo, implorando á Dios clemente,
Victima de constante adverso hado,
Rendiré al polvo la cansada frente.

Campó de Vicesya, donde oculto creis inevitable y próxima mi muerte, en octubre de 1841.

ANTONIO ALCALÁ GALLIANO.